

Todos esos afectos, agregados á la simpatía que en general inspiraban los valientes soldados que en medio de toda clase de privaciones iban á derramar su sangre en defensa de la patria, villanamente ultrajada por un enemigo extranjero, desleal y traidor, hacían que las despedidas en el hogar, en el seno de la amistad y sobre la marcha, al són del ¡Adiós! de las músicas militares, produjeran aquellas escenas que con lágrimas en los ojos recuerdan todavía los veteranos de aquel Ejército y los ancianos de San Luis.

Conforme iban saliendo las brigadas, las familias y el pueblo se aglomeraban en balcones, ventanas y bocacalles á dar su último adiós, como prueba de cariño y gratitud, á aquellos sufridos soldados que no llevaban más expectativa que la miseria y la muerte.

Después del 2 de febrero, la ciudad se convirtió en lúgubre cementerio. Habían salido de su recinto diez y seis mil hombres, de siete á ocho mil mujeres y más de doscientas familias de Jefes y Oficiales. La tristeza reinaba en la población; no había bailes ni diversiones de ningún género; todo el mundo pendiente de que llegaran las primeras noticias de la campaña.

Se tenía por seguro que si nuestro ejército triunfaba, una parte de él marcharía á Tampico á desalojar al enemigo que se había apoderado ya de aquel puerto; y la otra perseguiría al invasor, hasta arrojarlo al otro lado del Bravo; pero si por desgracia era derrotado, se replegaría á San Luis, cuya plaza no tardaría en ser atacada por el enemigo.

Las familias acomodadas se preparaban para emigrar en este último caso, y el Gobierno del Estado continuaba las obras de defensa y organizaba á gran prisa la guardia nacional.

Los elementos naturales fueron los primeros enemigos con que nuestro ejército tropezó. Desde el segundo día de la salida de las últimas brigadas, empezó á llover y á soplar un fuerte viento del Norte. Los soldados marchaban sobre un fango helado, mojados de piés á cabeza. El día 5 cambió el tiempo, salió el sol, resplandeciente, pero entonces el calor era tan fuerte, que nuestros soldados caían desfallecidos sin poder mitigar la sed que los devoraba, y sin encontrar una pequeña sombra en aquellos inmensos desiertos, donde sólo hay algunas palmas á largas distan-

cias y la yerba nombrada "Gobernadora." El día 10 volvió á soplar el Norte con más intensidad, se desató un fuerte aguacero y en la noche empezaron á caer abundantes copos de nieve. El día 11 el frío producía en nuestros soldados sensaciones dolorosísimas, la nieve seguía cubriendo los campos, la yerba se convirtió en gruesa y blanquísima alfombra, sobre la que marchaba el ejército con las mayores penalidades. Nuestros soldados hacían supremos esfuerzos para sobreponerse á los rigores del cruel elemento, las partes descubiertas de sus cuerpos dejaban de sentir las, cesaba la circulación de la sangre y aquellos heroicos militares caían muertos sobre la nieve, dejando tantos huecos en las filas, como los que abre la metralla.

Esa terrible nevada llegó hasta la ciudad de San Luis. El periódico "La Epoca," dió cuenta de ella en su número del día 13 de febrero en el siguiente párrafo:

"GRAN NEVADA.—Así podemos llamar á la que hemos visto aquí el día de ayer, pues se asegura no haberse visto otra de muchos años atrás.

La nieve comenzó á caer en la noche del jueves, y en la mañana de ayer, los efectos del meteoro presentaban un aspecto bellissimo. De las canales de los edificios parece que pendían caprichosas figuras de cristal y las cornizas y las torres parecían adornadas de blanquísimo alabastro."

El día 13 cesó la nieve y volvió á salir el sol, la marcha continuaba, aumentando el número de enfermos y muertos. El Ejército, como si ya hubiera librado la primera batalla, había tenido más de quinientas bajas entre muertos y enfermos.

Los americanos estaban en Aguanueva, y al saber la aproximación del Ejército Mexicano, abandonaron dicha Hacienda entregándola á las llamas. Se detuvieron en la Angostura, donde esperaron á nuestras tropas.

El día 22 se avistaron los ejércitos enemigos, empeñándose una renida acción en la tarde y parte de la noche, cuyo resultado fué favorable para nuestras armas que tomaron á viva fuerza una de sus ventajosas posiciones. El restó de la noche se pasó al *vivac* con el enemigo al frente.

Amaneció el día 23 con un sol esplendoroso, haciendo un tiempo magnífico. La aurora fué saludada con las marchas dianas de los cuerpos. El General Santa Anna, á ca-

ballo, daba desde esa hora las órdenes para atacar al enemigo. La sangrienta y memorable batalla se empeñó.

La ansiedad en San Luis cada día crecía de punto. Se estaban sabiendo todos los trabajos y penalidades de nuestro Ejército en su fatigosa marcha, por informes que diariamente rendía por extraordinario violento, el Prefecto de Catorce, residente en el Cedral.

Este empleado dió aviso el día 23, de que el día anterior se encontraron los ejércitos. Al amanecer el 24, se recibió la noticia y circuló por toda la ciudad con rapidez extraordinaria. Los templos se llenaron de gente que pedía al Dios de los ejércitos el triunfo de nuestras armas: los sacerdotes ocuparon los púlpitos para dirigir las oraciones de los fieles y las campanas tocaban frecuentes y simultáneas rogativas. El mismo día se celebraron misas en todas las iglesias á las que asistieron muchísimas personas de todas las clases y todas las familias de los militares que aquí residían. Las rogativas en los templos no cesaron en todo el día. La primera noticia de la batalla de la Angostura, se tuvo en San Luis el día 26, por carta particular que dirigió el General Santa Anna al Gobernador del Estado, Lic. Don Ramón Adame. Dice así:

“Campo en la Angostura sobre Buenavista, Febreo 23 de 1847.

Después de dos días de batalla en que el enemigo con una fuerza de ocho á nueve mil hombres y 23 piezas de artillería, perdió cinco de sus posiciones, tres piezas y dos banderas, he determinado volver á Aguanueva á proveerme de provisiones, pues no nos ha quedado ni una galleta ni un sólo grano de arroz. Valido á las posiciones que ocupó el enemigo, no ha sido completamente derrotado, pero ha dejado tendidos en el campo como dos mil cadáveres.

Ambos ejércitos se han hecho pedazos, pero los trofeos de guerra darán á Ud. idea de parte de quien ha estado la ventaja.

Hemos luchado con el hambre y la sed por más de cuarenta horas, y si logramos proveernos de recursos, volveremos á la carga. Los soldados de mi mando han cumplido con su deber, han dejado cubierto el honor de las armas mexicanas y el enemigo ha visto que ni sus posiciones ventajosas, ni el rigor de la intemperie, pues nos llovió en el

momento del combate, impidió las terribles cargas á la bayoneta, que lo han dejado escarmentado.”

Aunque esa noticia no satisfacía los deseos de los potosinos que querían la completa destrucción del enemigo exterior, se recibió con gran júbilo y fué solemnizada oficial y particularmente, como lo exigían el patriotismo y el orgullo nacional.

En vista de lo dicho por Santa Anna en su carta, respecto á las escaseces que el Ejército sufría, se formó en esta ciudad una Junta para coleccionar nuevos donativos, compuesta del Prior de San Agustín, del Comendador de la Merced y de los Sres. Don Joaquín Hernández Soto y Licenciados Don Ponciano Arriaga y Don Vicente de Busto. Esta Junta reunió en dos días 340 fanegas de maíz, 226 de frijol, 280 arrobas de arroz, 90 arrobas de sal y 46,000 pesos en efectivo, cuyos efectos y dinero se remitieron al Ejército inmediatamente.

Santa Anna continuó su retirada hasta San Luis, adelantándose al Ejército con el pretexto de preparar en las poblaciones del tránsito todo lo necesario para los cuerpos; y como los jefes no quedaron conformes con el que Santa Anna dejó encargado del mando, desde la Hacienda del Salado, cada brigada caminó por cuenta propia en completo desorden, lo que, agregado á la desmoralización que se había apoderado de nuestros soldados por aquella retirada sin causa conocida para ellos, produjo una numerosísima desertión, ascendiendo las bajas que tuvo el Ejército, entre Angostura y San Luis á más de ocho mil hombres.

El 9 de marzo, empezaron á llegar las tropas á San Luis, siendo recibidas con señaladas muestras de cariño. Al siguiente día de la llegada de Santa Anna, dirigió este General al Sr. Gobernador Adame, el siguiente oficio:

“Ejército Libertador Republicano.—General en Jefe.—Secretaría de Campaña.—Exmo. Señor.—La generosa hospitalidad y todos los importantes servicios que han prestado el pueblo y las dignas autoridades de este Estado al Ejército de mi mando, desde que comenzó su reunión en esta ciudad, y muy particularmente en los días de su mayor conflicto por la miseria á que ha estado reducido, engendraron en mi corazón y en el de todos mis subordinados, los sentimientos de la más pura gratitud. En consecuencia,

me propuse dedicar al H. Congreso del Estado una de las tres banderas que el valor arrancó de las filas enemigas en los campos de la Angostura; y con tal objeto tengo la honra de dirigirla á V. E. suplicándole que á nombre mío y del Ejército, la presente á tan augusta Asamblea, como un testimonio de respeto y gratitud que le tributamos. De mi parte, recomiendo á V. E. que sea colocada en el salón de sus sesiones para que se perpetúe en el Estado de San Luis Potosí, la memoria de las glorias que las armas mexicanas alcanzaron sobre las huestes de los Estados Unidos del Norte y la gratitud y simpatía que profesan á los patriotas y generosos habitantes del mismo Estado, los valientes militares que me honro de mandar.

Tengo el honor de protestar á V., E. el aprecio y las consideraciones que justamente se merece.

Dios y Libertad.—Cuartel General en San Luis Potosí, Marzo 10 de 1847.—Antonio López de Santa Anna.—Excelentísimo Sr. Lic. D. Ramón Adame, Gobernador Constitucional del Estado.—Presente."

La bandera á que se refiere el anterior oficio, fué entregada á la Legislatura en sesión pública, á la que asistieron las autoridades y corporaciones civiles y religiosas y numerosa concurrencia. Ese trofeo ya no existe en ninguno de los departamentos de Palacio y no se sabe oficialmente el fin que haya tenido.

Para que los restos del Ejército de la Angostura marcharan para México á combatir con los norte-americanos que se habian ya apoderado del puerto de Veracruz, siguió San Luis con la patriótica y noble misión que se habia impuesto, de ser el proveedor del Ejército.

México estaba incomunicado con San Luis á virtud del pronunciamiento de los polkos; no podia mandar al Ejército ningunos recursos para cubrir sus haberes.

Se destinaron tres bodegas de la alhóndiga para almacenar los donativos que diariamente llevaban los vecinos, y para recibir los que enviaban los Partidos del Estado. Semanariamente se entregaban al General Valencia, comandante general de la plaza, los donativos de los hijos de San Luis, consistentes aquellos en semillas, reses, café, arroz y otros artículos. Provisto el ejército de víveres y de dinero, salió para la capital de la República.

Al hacer estas reminiscencias de las dos batallas de la

Angostura, me propuse, como principal objeto, dar á conocer á la generación actual, el importantísimo papel que desempeñó San Luis en la guerra contra los americanos.

Por no dar á este artículo mayores proporciones de las que ya tiene, omito muchísimos detalles curiosos é importantes, pues en documentos oficiales que poseo, se registran sacrificios de todo género, en un grado sorprendente, la mayor parte ignorados, porque eran tan repetidos que ni tiempo habia para darles publicidad. Y si por aquellos que pudieron llegar á noticia de la prensa de la Capital y de otros Estados, mereció el nuestro que se le calificara con el nombre de *San Luis de la Patria*, razón tendrá todo potosino, al conocer lo que dejó de publicarse, para alimentar un legítimo orgullo y no olvidar que aquel honroso título lo concedió la gratitud nacional.

El dia que se inauguró el ferrocarril del Cedral á Matehuala, se obsequió á la comitiva con un banquete en la primera de esas poblaciones. En esa reunión oí un brindis pronunciado por un amigo mío en el que, dirigiendo algunas frases de cortesía al Sr. Dcn Juan Bustamante, dijo que este señor fué el que tuvo la patriótica idea de dar el honroso título de *San Luis de la Patria* á nuestro Estado, por sus servicios en tiempo de la intervención francesa.

Esto no es exacto. Ese nombre honorífico le viene desde la guerra americana, y no dado por algún hijo de San Luis, que como parte interesada podria colmarlo de títulos y honores, sino por el periódico más acreditado en aquella época, de la prensa de México.

"El Monitor Republicano," en el que escribia lo más granado de la prensa liberal y de la literatura patria, haciendo un severo juicio de los elementos con que cada Estado de la República habia contribuido para hacer la guerra á nuestros injustos invasores, se expresó así en el número correspondiente al 24 de mayo de 1847.

"Si respecto del Estado de México hay una justicia para censurar su conducta, ¿qué se dirá de los Estados de Zacatecas, Jalisco, Sinaloa y Chiapas? El primero ha destruido completamente las simpatías que un dia pudo inspirar. Ese Estado debe borrarse del número de los de la Confederación Mexicana, así como la Nación entera debe llamar desde hoy al de San Luis Potosí, *San Luis de la Patria*."

La prensa y toda la Nación aceptaron para San Luis Potosí ese honroso título, y aun aquellos Estados á quienes

censuró tan duramente el escritor metropolitano, tuvieron frases de elogio para el nuestro y frecuentemente los periódicos de esas localidades no llamaban de otro modo á San Luis sino con el honroso nombre de San Luis de la Patria.

He creído de mi deber rectificar el equívoco de mi citado amigo, tanto porque me parece más honorífica la procedencia del título que mereció nuestro Estado, por venir de persona extraña é imparcial, como porque el Sr. Bustamante no declinó en el acto, como debía, la paternidad de la frase, sino que, antes bien, la aceptó, sin duda irreflexivamente.

* * *

Generales y Coroneles que tomaron parte en el combate y batalla de Angostura los días 22 y 23 de Febrero de 1847.

- D. Antonio López de Santa Anna, en Jefe del Ejército.
D. Manuel M^a Lombardini, en Jefe de la 1^a División de Infantería.
D. Francisco Pacheco, en Jefe de la 2^a División de Infantería.
D. José M^a Ortega, en Jefe de la 3^a División de Infantería.
D. Julián Juvera, en Jefe de la División de Caballería.
D. Ignacio de Mora y Villamil, Director de Ingenieros.
D. Antonio Corona, Comandante General de Artillería.
D. Pedro Vauder Linden, Inspector del Cuerpo Médico.
D. Manuel Perfecto Ordóñez, Capellán Mayor del Ejército.
D. Pedro Ampudia, en Jefe de la Brigada Ligera.

GENERALES DE BRIGADAS.

- D. José Vicente Miñón.—D. Manuel Micheltorena.—D. Manuel Andrade.—D. Angel Guzmán.—D. Francisco Mejía.—D. Francisco Pérez.—D. José López Uruga.—D. Manuel de la Portilla.—D. Francisco Jáuregui.—D. José Juan Sánchez.—D. Simeón Ramírez.—D. Anastasio Torrejón.—D. Anastasio Parrodi.—D. Rafael Vázquez.—D. Andrés Torres.—D. Diego Argüelles.—D. Luis Guzmán.

CORONELES.

- D. Santiago Blanco.—D. Carlos Brito.—D. José M^a Obando.—D. Miguel Blanco.—D. Felipe Xicoténcatl.—D. Florencio Azpeitia.—D. Juan Rocha.—D. Ramón de Zavallos.—D. Manuel Sabariego.—D. Juan Banendi.—D. Miguel Andrade.—D. José Perdigón Garay.—D. Domingo Gayoso.—D. José María Quijano.—D. Juan Montes de Oca.—D. Miguel Camargo.—D. Benito Zenea.